

Para consolarte. Si tuvieras éxito, serías más fuerte que la estupidez.
Érase un asno, adulto desde hacía algunos años y maestro de escuela de profesión, que les pegaba a menudo a los jóvenes corderos porque sus orejas no crecían lo suficientemente rápido.

A su lado, un viejo geranio les enseñaba a jóvenes escabiosas cómo debían ponerse rojas.

Asignado al mismo trabajo, un viejo mirlo les enseñaba a jóvenes lechuzas los secretos del buen canto.

Y ese Centro de reeducación era célebre en el mundo entero, si no por la eficacia de los resultados obtenidos, por la excelencia de sus métodos.

Érase un corazón de niño, poblado de buenas intenciones, vivaces, discretas, y un poco deformes, como un pueblo de enanos en un viejo bosque.

Pasó un día un adulto, que salmodiaba con una voz grave buenos consejos y capítulos de moral.

Con solo haber escuchado su nombre proferido por esa voz sonora, todos los enanitos han muerto de miedo.

Adultos, sean menos bulliciosos.

Cuenta con la fatiga que te asaltará un anochecer, con las ganas de resoplar como lo hacen los caballos y el deseo de marchar hacia el horizonte hasta el país de los niños sanos, nobles y armoniosos, regordetes y bronceados por el sol.

Al día siguiente estarás allí una hora más temprano que de costumbre a modo de disculpa.

Una vaca da a luz un ternero con cinco patas.

Cada vez que pasaba por el establo, el granjero le daba cuatro o cinco bastonazos en la pata adicional.

La granjera quería mandar al ternero al catecismo para que aprenda que una pata de sobra es un defecto muy malo.

La hija mayor llevaba a sus amigos, que se descosían de risa o ponían carita de asco.

¡Hacen así, así muchos reformatorios!

Su padre ya ha pasado ocho años en prisión; su madre, dos años en el hospital; y él todavía quisiera, ese pequeño exigente, que la Sociedad se ocupe de él.

Quizás sería preferible ver, junto a los niños desgraciados, a viejos presidiarios engalanados con el título de educadores antes que a algunas "almas" de buena voluntad.

Pues si unos pueden quitar el gusto por el vicio, los otros quitan el gusto por la vida honesta.

Viven de a nueve en dos piezas. El padre está siempre enfermo y la madre espera siempre otro hermanito.

El mayor es detenido por mendicidad. Te lo encomiendan. Lo sermoneas.

Podrías también ofrecerle al padre unos guantes de pecarí y a la madre un estuche de manicura en marfil.

Érase una pequeña sardina que no sabía nadar.

La pusieron en una lata, bien calzada entre otras dos. El colmo de la atención, le agregaron un poco de aceite.

¡Qué feliz estaba la pequeña sardina!

Envejeció tres años. Abrieron la lata. Pero nadie intentó nunca más hacerla nadar. Pues se trataba de una pequeña sardina y no de un niño delincuente. Una nación que tolera villas miseria, las cloacas a cielo abierto, las clases superpobladas, y que se atreve a castigar a los jóvenes delincuentes, me hace pensar en esa vieja borracha que vomitaba sobre sus pibes a lo largo de la semana y le daba una bofetada al más pequeño, circunstancialmente, un domingo, porque había babeado su delantal.